Domingo segundo de Adviento/C

Bar 5, 1-9; Sal 125,1-2ab. 2cd-3. 4-5. 6; Fil 1, 4-6. 8-11; Lc 3, 1-6

Preparen el camino del Señor

En este segundo domingo de Adviento, en medio de la celebración resuena la voz del que va delante, del 'mensajero'. El 'heraldo' que grita en el desierto: 'Preparen el camino del Señor'. Su eco atraviesa la historia y se oye en medio de la asamblea, como si ella se invitara a sí misma, como si actualizáramos la escena y el personaje.

La figura de Juan el Bautista aparece en este domingo como la señal de la llegada de la salvación de Dios. Preparar el camino del Señor significa entrar en comunión con él. Es hacer que nuestra vida y que nuestro mundo se aproximen a lo que Jesús espera y quiere de nosotros, "allanen sus senderos… que lo torcido se enderece, lo escabroso se iguale" (evangelio). Juan llamaba a la conversión, al arrepentimiento de los pecados, con vistas a la llegada del Reino de Dios: "Conviértanse, que se acerca el Reino de los cielos" (Mt 3,1). Esto quiere ser el adviento, un retorno a Dios.

"Preparad el camino del Señor", Esta invitación se encuentra en una antigua profecía de Isaías, que San Lucas aplica al Bautista y a su misión: "Una voz grita en el desierto: Preparen el camino del Señor, allanen sus senderos" (Evangelio). San Juan Bautista es aquella voz que exhorta al pueblo de Israel a prepararse ante la llegada inminente de aquel a quien Dios había prometido enviar para la salvación de su pueblo.

La invitación a preparar el camino es un llamado a la conversión. Esta expresión encuentra su correspondencia en la palabra griega metánoia. El Bautista, usando como figura la costumbre de "allanar los caminos" al rey, invita a un cambio interior, a disponer las mentes y los corazones para recibir adecuadamente al Mesías que está próximo a llegar. Por "camino" se entiende metafóricamente la conducta del ser humano, sus opciones éticas. Los senderos que deben ser allanados son los caminos de la propia vida moral. Como signo visible de un compromiso al cambio de vida el Bautista ofrece "un bautismo de conversión para el perdón de los pecados".

El eco de la predicación del Bautista llega hasta nosotros en este segundo Domingo de Adviento. El Precursor, que recibió de Dios la misión de preparar al pueblo elegido para la venida del Salvador prometido, nos renueva también hoy el llamado

a la conversión, a disponer los corazones para salir al encuentro del Señor que viene.

Para acoger al Señor es necesario enderezar las sendas torcidas y allanar los caminos. La buena obra de nuestra reconciliación, iniciada por Dios en cada uno de nosotros, no debe detenerse ni descuidarse ningún día. Debe avanzar y progresar hasta que alcancemos la plena madurez de Cristo, de tal modo que cada cual pueda repetir con el Apóstol: «vivo yo, más no yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20).

La necesaria preparación consiste en "abajar los montes y colinas", es decir, quitar todo obstáculo del camino que conduce a la santidad, despojarnos de todo lo que retarda o impide la llegada del Señor a nuestros corazones. Por otro lado, consiste asimismo en "rellenar los valles y abismos", es decir, en revestirnos de las virtudes que apresuran la llegada del Señor a nuestra casa.

¿De qué debemos despojarnos y de qué debemos revestirnos? Debo despojarme de la impaciencia con que suelo tratar a algunas personas y revestirme de paciencia y de un trato más afable; debo despojarme del egoísmo y apego a los bienes materiales para revestirme de actitudes de generosidad y desprendimiento; debo despojarme de la búsqueda desordenada de mi propia satisfacción sensual para revestirme de actitudes que custodien la pureza y castidad; debo despojarme de la insensibilidad frente a las necesidades del prójimo y revestirme de la solidaridad concreta; debo despojarme de los chismes, de la difamación, de palabras desedificantes o groseras para revestirme de un silencio reverente y de palabras que busquen siempre la edificación del prójimo; debo despojarme de resentimientos y rencores para revestirme de sentimientos de perdón y misericordia con quien me ha ofendido.

Si de verdad quieres que el Señor venga a ti y permanezca en tu casa, limpia tu corazón de todo aquello que es obstáculo para que Él venga y permanezca en ti, revístete de Cristo mismo cada día, de su justicia, de su caridad, de su paciencia, de todas las virtudes que ves brillar en Él.

Padre Félix Castro Morales